

Arturo Cambours Ocampo

Diálogo con O. V. de Milosz

*Bajo la lluvia, más tarde,
en la terrible tarde, levantarás los ojos del libro vacío
y yo veré las chalanas amarradas, los barriletes, el carbón...*

Ahora que ya no grita la sirena sobre el río;
ahora puedes desatar las preguntas.

¿Qué hacer? ¿Huir? ¿Pero dónde? ¿Y para qué?

Y ésta es la verdad.
Así como el tiempo repite los días,
el hombre repite las preguntas.
Así como los días repiten las horas,
con esa pálida monotonía de paisaje,
el hombre deja correr el manantial de sus preguntas
a lo largo de la patria, en torno de los bosques,
junto a las altas tumbas
y en la ribera estrellada de las cunas.

¿Qué hacer? ¿Huir? ¿Pero dónde? ¿Y para qué?

El hombre, como los pájaros que plegaron las alas,
ya no puede viajar hacia las lágrimas.
El mar, la piedra, el árbol: uniformes, ciegos de luz,
estancados, sujetos a la naturaleza.

En cambio, él tiene las pupilas despiertas y encendidas,
tiene la pasión de la noche y el corazón ardiendo;
él es el espectáculo del mundo,
renovado en la estela invisible de la muerte,
renovado en el amor y en el odio;
destruido en las llamas implacables del tiempo,
destruido en la soledad sin orillas del otoño.

Así es el hombre,
y así lo ven el mar, la piedra, el árbol, por todos los caminos.

Cuando te preguntaron, respondiste:

Mis días son como los poemas olvidados en los armarios

que huelen a tumba.

Los días del hombre tienen cara de olvido
y una voz sin eco, sin color,
cansada de llamarnos.

*¡Oh, vida! ¡Oh, amor sin facciones! Toda esta arcilla
ha sido removida, rastrillada, desmenuzada,
hasta los tejados donde el propio dolor encuentra un sueño en una llaga.*

Después, la sombra desconsolada del llanto
nace junto a los muros en la casa del hombre.

Es el dolor sin peso ni medida.

Es el horizonte que se acerca a nosotros
sin tener en cuenta su propio destino.

Es la angustia de saberse en la vida
como el barro en el charco,
como la flor en la rama de la primavera.

Es la felicidad de saberse, también, por encima del barro,
del charco, de la flor y de la primavera.

De saberse en el cielo, quemado humildemente por el cielo.

De saberse hombre iluminado de preguntas.

Mar sin orillas

Estás en mi recuerdo, misteriosa,
diáfana y fugitiva como el viento.
Tengo en mi voz el estremecimiento
de tu voz, encendida y prodigiosa.

Estás en mi recuerdo, temblorosa,
con el misterio de tu triste acento.
(Este mar sin orillas que hoy invento,
va desde el corazón hasta la rosa.)

No consigues matarte mi ternura
ni logra mi pasión aborrecerte.
Eso eres tú: ausencia que perdura.

Sólo en sueños de nácar puedo verte,
mujer del alba y de la tierra pura,
como se ve la sombra de la muerte.